

FÉLIX JIMÉNEZ VELANDO

YOGA A PRIMERA VISTA

(El amor,
ya si eso...)



Félix Jiménez Velando



Yoga a primera vista

El amor, ya si eso

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Félix Jiménez Velando, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: julio de 2020

Depósito legal: B. 10.053-2020

ISBN: 978-84-08-22786-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

CUANDO LA CONOCÍ

La primera vez que la vi estaba sola en una cafetería de Malasaña, sentada junto a la barra con un libro entre las manos. A su alrededor, gente de pelos azules, violetas, plateados, con bigotes, tatuajes, barbas, piercings, gente que miraba pantallas de iPad, iPhone, MacBook. Algunos comían *cupcakes* fluorescentes; otros, tartas de zanahoria o tostadas de pan de centeno o sin gluten, y bebían infusiones de *rooibos*, de té chai, verdes, rojos, cafés ecológicos mientras galgos diminutos y bulldogs franceses los miraban ansiosos a la espera de alguna migaja. Y de banda sonora, el runrún del exprimidor que llegaba desde la cocinilla y música de fondo que sonaba a música de fondo. Yo era uno de ellos, MacBook, té verde con jengibre, pantalones pitillo, gafas de pasta naranjas, uno más en un bar de modernos que quería parecer antiguo. De todos los que estábamos allí, tan solo ella y el camarero no miraban a cada poco una pantalla. Por entonces, ella era morena y yo llevaba barba, a la que ya asomaba alguna cana, un toque de madurez que, si no había alcanzado mi cerebro, al menos sí algunos de mis pelos.

Muchos clientes se conocían y, al encontrarse, se besaban y abrazaban. A mí no me abrazaba ni besaba nadie, estaba solo en un rincón con mi portátil, algo culpable por ocupar toda una mesa en la que cabían tres modernos más,

con el deseo de que llegaran otros solitarios como yo para no ser el único esa mañana en la cafetería. Aún quedaba alguna mesa vacía y eso me aliviaba, pero pronto se llenarían todas, entraría un grupo de tres o cuatro clientes buscando dónde sentarse y me mirarían, mirarían apremiantes mi taza ya vacía, y entonces yo me sentiría aún más culpable. Aun así, intentaba trabajar mientras envidiaba a los que se reunían en las otras mesas y quería ser uno de ellos y que aquella cafetería se convirtiera en mi segundo hogar, si no el primero, y poder decirle al camarero «Ponme uno de lo mío» o ni siquiera tener que decirle nada. Pero aquella era mi segunda semana en esa cafetería, así que dudaba que los camareros pudieran distinguirme aún entre los muchos barbudos que tenían por clientes, y pensaba que, si cualquier día dejaba de ir, ni se darían cuenta de mi ausencia.

Había escogido esa cafetería porque al pasar junto a sus ventanales se veían tipos solitarios con ordenadores. Los solitarios queremos estar junto a los nuestros para así sentirnos más acompañados en nuestra soledad. Pensaba que, si seguía frecuentando la cafetería, llegaría a hacerme amigo de los otros solitarios y tendríamos nuestra propia mesa, nuestros abrazos y besos, y nos quitaríamos de la soledad. Pero, tras dos semanas, mi conversación más larga había consistido en darle la clave del wifi a una chica y decirle a un tipo dónde estaban los baños: *tucafeamigo*, al fondo a la derecha. Eso había sido todo.

Y ahora allí estaba ella, también sola, concentrada en su libro, ajena a ese desconocido que la miraba de reojo a cada poco desde un rincón. Yo, como casi siempre que veía a alguien con un libro, quise saber qué libro era ese. Pensé en acercarme a la barra para pedir un vaso de agua e intentar atisbar la portada. Igual me lo había leído y podía dejar caer una frase ingeniosa que nos llevara a una apasionante

conversación literaria, si es que yo era capaz de decir algo ingenioso. Pero pasaban los minutos y no me levantaba de la mesa. Casi deseé que ella se fuera y así tener una excusa para no acercarme, pero no se iba, leía concentrada, tanto que a veces movía una mano para coger su taza y tan solo asía el aire. Me dije: «Si cuento hasta cien y no se ha ido, me acerco a la barra y averiguo qué libro es». Llegué hasta cien, pero no me acerqué, y al poco ella pagó y se fue y yo me limité a ver impotente como se alejaba. Quise consolarme pensando que igual era una clienta habitual y volvería a verla, o que el libro podía ser cualquier bazofia y que por lo tanto no merecería la pena conocerla. Cuando fui a pagar, le pregunté al camarero.

—Oye, ¿conoces a la chica que estaba en la barra? Es que me suena, pero no sé de qué —dije, un truco patético que algunos utilizan con las chicas que quieren conocer y yo solo alcanzo a emplear con los camareros que tal vez conozcan a esas chicas.

—Ha venido cuatro o cinco veces el último mes —me respondió—. Se toma un café con leche y se pasa un buen rato leyendo.

—¿Y sabes qué lee?

—Libros —dijo encogiéndose de hombros.

Era un camarero discreto o para él todos los libros eran iguales. Pero al menos ya sabía que ella no había ido a esa cafetería por casualidad y tal vez podría volver a encontrarla allí. También sabía que nunca le diría nada. Y deseé ser otro, uno con labia, recursos, desparpajo, capaz de acercarse y decir algo oportuno, divertido, esa frase que podía separar una vida gris de la felicidad.

Seguí yendo por la cafetería, aunque no lograba conocer a nadie, aparte de un poeta medio alcohólico del ba-

rrio que vendía sus poemas por allí y un africano que ofrecía brazaletes y pequeños elefantes de madera. Yo ya tenía la manada. Así que solo me relacionaba con gente a la que le compraba cosas.

Un día en el que todas las mesas estaban ocupadas, una chica me preguntó si podía sentarse en la mía. Hablamos unos minutos sobre trabajar y estudiar en bares antes de ponernos a teclear y, cuando ella terminó su tecleo, nos dijimos adiós. Me pareció un paso importante. Otro día, un vecino de mesa me preguntó si sabía reiniciar un ordenador colgado y le ayudé. Esas eran mis conversaciones en aquella cafetería. Y, aunque yo levantaba la mirada de mi ordenador cada vez que alguien entraba, ella no regresaba.

Hasta que dos semanas después, cuando estaba a punto de irme a comer, la vi entrar. Se sentó junto a la barra, pidió un café con leche y sacó un libro. Aunque desde mi mesa no podía ver el título, sí supe que era uno diferente al de la última vez y también qué editorial lo publicaba. Me quedé en mi mesa pensando en cómo acercarme sin parecer un pesado, un gracioso, un fantasma, un ligón de bares. Sabía lo que no quería ser, me dibujaba en negativo. No se me ocurría nada que decir y por eso seguía paralizado. Hasta que le sonó el móvil, contestó y al momento pagó y salió. Entonces ya pude moverme, también pagué y salí tras ella. Pero ya no se la veía. Conocía a gente que presumía de ser dueña de su destino. Yo no sabía quién era el dueño del mío, pero yo no.

Aun así, tomé varias decisiones: ir más por la cafetería, prepararme frases por si la volvía a ver y llevar siempre en la mochila un libro de la misma editorial que el que le había visto a ella y facilitar así una conversación si me decidía a acercarme. Como estrategia de acercamiento podía ser patética, pero al menos era una estrategia.

Comencé a hablar algo de fútbol con uno de los cama-

remos hasta que descubrimos que a ninguno nos gustaba gran cosa el fútbol. Nos reímos y sentí que a partir de aquel día le caía mejor, y aquello me gustaba, porque siempre quise el aprecio de los camareros. Pasaron dos semanas sin verla y pensé que se había mudado de barrio o de bar o que ahora solo leía en su casa, y que todo mi interés por ella era absurdo, una triste fijación de solitario. No sabía si tenía pareja, si la quería tener, si era hetero, no sabía nada. Pero, aun así, me pasaba por la cafetería dos o tres veces por semana, hasta que una mañana me la encontré cerrada, con un precinto de la Consejería de Sanidad en la puerta. Pensé que la olvidaría pronto, que sería una más de esas mujeres que se cruzaban como fogonazos por mi vida, o más bien por mi fantasía. Y rápidamente, como un fogonazo, desaparecían.

Ya casi la había olvidado cuando una tarde, dos meses después, la vi salir de un edificio en la calle San Vicente junto a otra chica, sendas esterillas de yoga en sus manos. Ella se había hecho una coleta y vestía mallas y una chaqueta de chándal que le llegaba a la cintura. Tenía un cuerpo bonito, delgado, pero con unas curvas que contenían esa proporción que hace que algunos hombres se giren, se den codazos y digan, hagan o escriban estupideces. Pensé en seguirla, pero me pareció patético ponerme a seguir a desconocidas, así que me quedé parado. Al final siempre me quedo parado. Vi cómo ella y su compañera llegaban a San Bernardo, cómo cruzaban hacia el otro lado de la calle y desaparecían entre los coches en dirección a Conde Duque. Me di media vuelta y fui al portal del que habían salido. Sobre el dintel había un cartelito de plástico: Escuela de yoga y pilates Amanecer. Y allí, una tarde de invierno, frente a aquel letrero, pensé que estaba en mis manos ha-

cer algo medianamente arriesgado, algo más allá de desear que mi vida cambiara y lamentarme porque nada cambiaba. Abrí la puerta de la academia y entré. Dentro la luz era débil y de color anaranjado y olía a un incienso tan intenso como el del perfume de una tía abuela. Vi unas barritas que se quemaban en el suelo deshaciéndose en volutas que subían hasta difuminarse por el techo tras culebrear unos metros por él. Se oía el borboteo de una fuente que se entremezclaba con el sonido de unos cuencos tibetanos que iba y venía como un eco perpetuo. Me sentí de pronto en un mundo muy distante del que había quedado al otro lado de la puerta.

—Hola —oí decir a una voz de chica que me llegaba desde la penumbra.

Me acerqué al origen de esa voz y distinguí un poco más adelante un pequeño mostrador y, tras él, lo que podía ser un humano. Mis ojos comenzaban a acostumbrarse a la escasa luz, y ya junto al mostrador pude ver que me hablaba una chica sonriente, los dientes blanquísimos, tal vez por alguna luz ultravioleta, un punto rojo pintado en la frente.

—Hola —dije—. Venía porque quería hacer un curso de yoga.

—Kundalini —dijo ella.

—Encantado. Yo, Jorge —y alargué mi mano.

Ella se carcajeó, lo que no correspondía con aquel ambiente de calma.

—Perdona. Que si quieres hacer yoga *kundalini* —se explicó—. Es nuestra especialidad. Pero también hay *iyengar*, *hatha*. ¿Tienes alguna preferencia?

—Yo sí... esto... sí... tengo... tengo un montón de preferencias —dije mientras notaba cómo me sonrojaba.

—¿Y qué yoga prefieres ahora?

—Pues... un yoga así, tipo... en general —respondí.

—¿Yoga en general?

—El que tengáis, la verdad. Lo único que mejor que sea los miércoles y que comience como a las siete de la tarde.

—Ya... Pues de siete a ocho y cuarto los miércoles solo tenemos *hatha* yoga. Acaba de irse el profesor; si no, te lo presentaba para que te hablara de cómo son sus clases.

—No hace falta, el *hatha* me va muy bien.

—¿Lo conoces?

—Sí, he tenido algún contacto.

—La clase de los miércoles es de nivel avanzado. ¿No preferirías ir antes a iniciación los martes?

—No, si estoy muy iniciado —dije con un aplomo que no me conocía.

—¿Qué nivel tienes?

—Bueno —respondí—. Un nivel bueno, iniciación avanzada.

Se encogió de hombros, se colocó frente al teclado y me tomó unos cuantos datos. Minutos después ya estaba en la calle, feliz porque iba a ir a yoga con la chica que leía en las cafeterías. O que al menos leía en una cafetería. También feliz porque tenía la esperanza de que en mi vida sucediera algo nuevo, distinto, bueno. Y es mejor vivir con alguna esperanza, aunque sea pequeña y frágil.

Durante los días siguientes vi horas de tutoriales de yoga en el ordenador mientras intentaba copiar las posturas, a las que los yoguis llaman *asanas*. Mis manos no alcanzaban más allá de mis tobillos sin doblar las rodillas; me desequilibraba cuando hacía posturas como el águila, el árbol, la media luna y, en general, en casi todas las posturas en las que solo uno de mis pies tocara el suelo, y también en unas cuantas en las que tenía ambos pies en tierra. Me parecía imposible que mi cuerpo pudiera hacer bien algún día las posturas del arado o el puente. Intentar esta última me daba ganas de ventosearme, lo que me parecía peligro-

so si de lo que se trataba era de comenzar una historia de amor. El arado me parecía una invitación a luxarte varias vértebras. La única postura que se me daba bien era la del muerto. Y eso no me gustaba. Sabía que podía hacer el ridículo en aquella clase, pero tenía una estrategia para mi primer día: situarme en un rincón del aula, donde apenas se me viera, e intentar pasar desapercibido. Agazaparme en los rincones me había funcionado en muchos momentos de mi vida y pensaba que lo haría una vez más. No era una estrategia arriesgada, no había ni rastro de arrojo en ella porque todo mi valor se había agotado al apuntarme al nivel avanzado de *hatha* yoga.